

Función de medianoche

Ignacio Betancourt

Con el neón que brinca las nocturnas calles se colorean. Se hace la luz que anuncia los diversos tonos de la oscuridad, verdades negras, luminosas pesadillas, el Gran Teatro Mágico. Venga, haga su reservación. Afuera un letrero se apaga y se enciende, parpadea. En el aire todo suena como una fiesta, aunque nadie festeja. Lo aparente se vuelve una categoría nueva, ya no *es* más lo que no *es*, es también su antípoda, etc.

El pequeño local tiene el cielo adornado, desteñado firmamento de nubes lamosas por donde asoman caritas de niños, alados cachetones, sopladores pequeños de vientos inútiles, alientos pintados que nunca han sacudido la más mínima hoja. Al centro del lugar, como desconchinflado sol, un reflector añejo vuelve opaco el ambiente y su luz cansada le contagia vejez, tres metros de ancho por cuatro de largo en donde se amontona desde hace años el aire enfermo. A la entrada un portero llamado Caronte Gómez completa la escenografía.

En la esquina, atrás de breve pared de azulejos gastados y puertecilla de utilería en madera labrada, con flores secas y frutas de otros mundos y pájaros fantásticos, se puede ver un tranquilo excusado. Alfonso trae bajo el cuero cabelludo mil grillos en rotación; duendes espirituosos enredan las pisadas. Hay también un lavabo que fue todo blanco y hoy tiene en su interior una mancha amarilla, café y verde que lo vuelve flor de piedra; por sus oxidados grifos salen cucarachas cuando nadie las ve. Sobre la pared el espejo borroso es la ventana al más acá, puerta de una caverna en donde si se escudriña se alcanza a descubrir la cabeza de un monstruo; extraña superficie que ha perdido la brillantez sepultada en los ojos que se han mirado en ella, máscaras fie-

les, tremendo delirio. A cada actor reflejado le sorbe un poco de aliento y lo incorpora a su misterio; gestos como tallones, golpes en la tersura del Nitrato de Plata.

Es intenso el olor a Naftalina y este perfume raspá, rasguña la nariz, sahuma los pulmones y se nubla la zona del olfato, su fragancia se estaciona junto al folículo piloso, su persistencia etérea abrillanta los ojos y entonces todo se ilumina aunque la penumbra lo desmienta. Es un olor tiránico, hecho para aplastar otros olores. La Naftalina borra todos los aromas, los asume, los disimula, es el otro nombre del cinismo, la demagogia del olfato, la certeza de que es posible disfrazar lo horrible. Alfonso no pensó que pudiera llegar, pero lo ha logrado.

Hace mucho tiempo esto debió ser un lindo baño, alguna vez el dueño comentó que lo astroso del sitio le otorgaba misterio, rancio abolengo, y para enfatizarlo ordenó colocar en su entrada a un hombre con el saco lleno de botones metálicos y una gorra con vivos dorados. El portero en su uniforme no deja de chocar entre las manos unas claves; el par de pequeños trozos de madera acompañan una sorda cantata, discreta coreografía, el contrapunto de la representación. Ahí esta Caronte adornando la puerta, mientras marca el compás de un invisible oleaje.

Alfonso haciendo esfuerzos por mantener el equilibrio al fin ocupa su lugar; ha bebido tanto que no sabe qué hacer, si vaciar la vejiga o los intestinos, o recordar, o escupir, o cerrar los ojos, o estornudar, o rascarse un oído, o tratar de entender, o quedarse sintiendo como entra y sale su respiración. Con ansia nebulosa se quita el saco y logra colgarlo en una pequeña mano blanquizca de tranquilos dedos, el perchero saliendo de la pared sugiere un cuerpo aprisionado. De un tirón se arran-

ca la corbata y la deja en el suelo, ignorante de que no la ha colgado, después se desabrocha el cinturón queriendo sentirse bien sin conseguirlo.

Turbio se acomoda en el excusado y el frío de la taza le sirve de asidero a lo real mientras el pantalón se le amontona junto a los tobillos. Con un gesto abandonado deja caer los codos encima de los muslos y descansa el rostro entre las manos que parecen cargar una cabeza ajena. Empecinado en fijar la mirada, terco perseguidor de la fidelidad al texto, Alfonso quiere exorcizar la borrachera y se deja ir de lleno por un mínimo espacio de calma.

Sorpresivamente es arrancado de su oasis por unas pequeñas pisadas metálicas que suenan como llegando de una lejanía de años, son un eco frío y lleno de resonancias que transforma en pasillo interminable el reducido espacio. Sobre las duelas gastadas caen breves pasos de fierro. Son dos muletas que transportan un gordo con piernas de hilacho, trae el pelo engominado y un clavel azul en la solapa de terciopelo. La urgencia lo hace avanzar por lo intrincado de su ebriedad. Con las ganas auestas el hombre se mueve difícilmente y al fin llega, pero sólo para descubrir que el escenario está tomado, alguien como siempre ha llegado antes que él. Desesperado inquiere que se apresuren, que su paciencia ya no aguanta el vapuleo, quiere decirlo todo pero su lengua encuetada pierde las palabras y solo farfulla, gime, cuasigrüñe. Al principio balbulcea despacio, aguantando la prisa, luego cada vez con más urgencia pide sitio, reclama, agrade la puertecilla con las puntas de sus muletas, patalea con imaginarios pies.

No molesten, grita Alfonso desde su asiento sin la menor intención de salir, totalmente seguro de su papel mientras afuera el hombre gordo enloquece muletazo a muletazo. El olor a naftalina se vuelve insorportable. Las manos de Caronte suenan las claves como acompañando una extraña condena.

En la completa agitación el de la flor en el ojal arremete furioso contra la puerta, logra abrir y ahora sus tartajeos son borbotón de trabalenguas, jitanjéforas, cantos rodados desde el primer odio, bien aprendidos. Con pupilas de lumbre mira al intruso, al que llegó antes de

él. Incontrolable estalla inaugurando el encuentro con una historia previa que se cumple al pie de la letra.

Salta desde el fondo la voz de Alfonso que al sentir atacado su territorio despliega la cara de las manos y sin levantarse increpa. Basta. No entiendes que estoy mareado. Que me zumban los oídos. Que no me voy a salir, y si tanta prisa tienes lárgate a otro lugar; este es mío y no voy a dejarlo.

Luego de las palabras queda flotando un instante lleno de augurios, la quietud del principio del salto, segundo breve en que el silencio convoca al atruendo, y por toda respuesta como un rayo la muleta estalla en el pecho de Alfonso. Nunca lo hubieras hecho. La gresión ensucia la camisa blanca cuando el metal rabioso intenta destronar al insolente que acapara la taza. Sin dejar su asiento, entre una ráfaga de inverosímiles sablazos, Alfonso decide lanzarse a fondo en la defensa de su territorio. Con un instintivo movimiento finalmente logra neutralizar el bélico artefacto, no sin antes sentir como le truenan tronchados dos y tres metacarpos en la arrebatiña. Al saber capturada su muleta el cojo se aferra a ella con un miedo acumulado desde los primeros pasos, como si a la vida se prendiera.

Nunca lo hubieras hecho. Entre un revolotear de frenéticas manos, al fin cambia de dueño una muleta y el naufrago comienza a ser tragado por el piso, levita, baila, bracea inútilmente, llegan olas de odio, una marea invisible que termina revolcándolo. Desde el fondo de su embriaguez Alfonso mira al hombre del pelo engominado que es una fiera atrapada, y gruñente, y que olvidado de su ineptitud quiere golpear con la otra muleta sólo para caer con un estrépito que salpica de ruido las paredes. Cae como la flor que se desprende de su solapa, cae también dentro de él. En el descenso el lavabo se interpone y la sangre en la frente del baldado iracundo brinca desaforada pintándole una máscara llamante; disfrazado de diablo sigue agrediendo a ciegas desde el enduelado; lluvia de estocadas que tasajea el aire en un exaltado remedo de agresión. En la puerta el hombre de la gorra y los dorados botones prosigue su rutina ajeno a todo, choca las claves bogando en sus pensares.

Alfonso a decidido defender su trono a como de lu-

gar, y tras un breve intercambio de insultos y fintas que se vuelven eternos por la furia de cada segundo, con un rápido golpe acomoda la muleta capturada contra el cuello del impedido agresor. Sácame si puedes. Y sin levantarse, empuja con la fuerza de todo su pasado, aprieta encima de la traquea, tritura huesecillos, clausura el viaje del oxígeno. La cabeza que quiere escapar suena en el piso como un cántaro vacío, pero es un cráneo lleno de recuerdos lamentables, pensamientos electrizados junto a las circunvoluciones, cerebelo con ron, cuerpo callosos con Brandy, bulbo raquídeo con vodka, puente de Varolio con tequila. El cabello engominado se pega y se despega en la pared y el suelo sacudido por la muleta que desde su excusado Alfonso maneja con destreza de gladiador. Las manos que hace un minuto reclamaban airadas la posesión de la muleta, ahora enloquecidas intentan alejar el mortal objeto; lo que hoy es agnía antes fue permanencia, lo que ayer sustentó, hoy derriba. El aire nuevo ya no puede entrar, y como en los pulmones envejece muy rápido el resuello, se vuelve oscuro el mundo bajo la piel del caído. Su sangre huele a alcohol y luego a naftalina pero no huele a sangre; las heridas dibujan sobre el escenario imágenes violentas.

En la entrada Caronte prosigue con su ritmo, indiferente marca el compás de un libreto distinto cada noche y siempre igual. Voltea a ver el forcejeo y aunque las piernas del gordo producen un contraste inusitado junto al sacudimiento de los brazos, y aunque Alfonso no deja de empujar su rabia contra el cuello, y aunque el postrado ya inconsciente solo trata de escapar de la muleta, y aunque ahí la muerte llega hueso a hueso, el portero indolente vuelve la cabeza y se sumerge en la monotonía de sus maderas.

Descompuesto, convencido al fin de su papel de perdedor, el hombre inválido empieza a ponerse quieto. Se le escapa la furia gota a gota frente al sitio al que no pudo entrar, su coraje se vuelve una oscura mancha entre los pantalones. Para que aprendas a respetar a tus semejantes, repite Alfonso su parlamento sin matizarlo.

Poco a poco ordenando la respiración, calmamente, el triunfador suelta la muleta, la deja caer seguro de que no la necesita; luego casi sin moverse, aún sentado, en la misma posición que conservó durante la disputa,

olvidado de todo se vuelve náusea, biológico deseo de vomitar el alma. En su vientre los músculos ondulan expulsando hasta lo más prendido a las entrañas, y del dolor se pasa al goce y ya no se hace nada por evitar que el alcohol en su huida escurra por el cuerpo, brinque por la nariz, haga temblar la lengua. Saltan basuras húmedas, algo que no es comida ni desecho ensuciándolo todo se escapa, gran final. La cascada olorosa borra por un instante la naftalina y después se acurruca entre los pliegues del pantalón que ha permanecido amontonado junto a los tobillos; llena de tintes putrefactos la ropa se horroriza de su propia textura.

Con un dolor pastoso en todo el cuerpo Alfonso se incorpora trabajosamente, apaciguado se coloca el húmedo pantalón y con las piernas acalambradas intenta sostenerse, trastabillea, vuelve a sentarse, atarantado descubre la muleta, la recoge, se ayuda con ella y al fin erguido da un paso intentando una nueva triangulación. Ya más confiado, con sobreactuada calma deja la muleta en un rincón, ajeno a los pegostes que por ella escurren como lágrimas.

Alfonso arranca su saco de la lívida mano en la pared, mete el brazo en una manga pero entrar en la otra es imposible, forcejea con la prenda como si peleara con su propia sombra, al fin entiende que no podrá ponerla y entonces deja que el saco arrastre desde su entumida extremidad.

Sobre la duela pantanosa descubre la corbata y trata de levantarla, aturdido, temeroso de caer, en un último esfuerzo la toma y empieza a incorporarse con lentitud, como si un peso enorme lo empujara contra el suelo.

Con una prisa que su cuerpo no logra asumir, apoyando el hombro sobre la gastada pared Alfonso va acercándose a la salida, de pronto, como recordando bruscamente, se detiene, indaga en todos los bolsillos, hurga, busca impreciso hasta que de su camisa extrae un cartoncito, un pequeño boleto, llega hasta el portero y se lo entrega, Caronte Gómez revisa la contraseña y con su indiferencia de toda la noche la rompe por la mitad y la devuelve. Alfonso guarda los pedazos y se aleja caminando muy despacio. Afuera un letrero luminoso se prende y se apaga como en un guiño.